

Julie Klassen

*Donde se ocultan
Las mariposas*



Libros de
seda

*A mis queridos padres,
cuyo amor incondicional sentó todas las bases.*

Al algodoncillo

«¡Nadie te llama flor! No calumniaré
la suavidad satinada de tu semilla emplumada,
llamándote mala hierba no te profanaré,
de color armiño tus pétalos
son para coronar a una reina perfectos...
¡Ay de mí! Ya podría aquel que canta,
en esas alas tan aventureras y etéreas
sobre tierras lejanas y mares desconocidos
llevar las oscuras semillas de sus pensamientos,
pues, al florecer, los hombres dirán: ¡eh! Mirad
esas malas hierbas de la canción... ¡no son ni mucho menos ordinarias!».

Sonnets,
LLOYD MIFFLIN

Prólogo



uando la conocí, me pareció una joven curiosa, boba y mugrienta debido a que pasaba las mañanas en el jardín. Si no estaba entretenida al aire libre, siempre parecía abstraída con poesías tontas y no había nada que le gustara más que hacer preguntas de lo más perturbadoras. Con todo y con eso, incluso ya entonces me agradaba y creo que ella me admiraba. Pero su padre se enteró y dejó claro que yo no era un buen partido, poniendo de ese modo fin a nuestra amistad antes de que pudiera convertirse en algo más. No tardé en olvidarme de la señorita Charlotte Lamb. O al menos en convencerme de que lo había hecho.

Pasaron los años y, cuando volví a verla, había cambiado por completo. No solo su situación, que había pasado de ser privilegiada a lastimera, también había cambiado su esencia. O eso me pareció.

Otros la mirarían con malos ojos. Verían, tal vez, a una mujer vencida, casi humillada. Una mujer a la que apartar de un manotazo, como si fuera un gusano asqueroso. O un insecto al que aplastar. Hombres crueles que disfrutarían cortándole las alas hasta verla caer al suelo, desamparada.

A ojos de un observador más amable, se trataría de una criatura a la que despreciar en el peor de los casos y no prestar atención en el mejor, pero desde luego no una a la que observar con expectación ni confianza. Ni presenciar, día a día, su transformación entre la mugre y el peso cargante de su entorno, sin marchitarse ni encogerse, sino abriéndose, convirtiéndose en el sol, el viento, la flor y la elegancia.

Yo, por supuesto, solo puedo observar desde una distancia segura para los dos. Para mí, que soy un hombre casado, un médico de cierto renombre, un caballero de prestigio en el lugar. Y para ella, cuya reputación no quiero manchar más si es que puedo evitarlo.

No obstante, mientras la contemplo entre los algodoncillos, tengo que admitir que todos esos pensamientos se disipan. Solo pienso en ella.

Lo adorable que está; no es una belleza abstracta, sino acorde al paisaje, enclavada en una pintura con el resplandor dorado más puro por encima y un jardín de hierbas crecidas detrás, dorado, verde, morado; el paraíso y la tierra. Y en el centro, su figura inmóvil, que no me mira a mí, sino al horizonte lejano, donde el sol despliega sus dedos sobre las flores, sobre su piel pálida, su pelo, su vestido.

La luz se desplaza hasta mí y me quedo inmóvil, sin habla. Me embarga una intensa sensación de expectación y apenas soy capaz de respirar. Si no me muevo, la luz me tocará y me incluirá en la pintura. Si me aparto, si retrocedo a la sombra, estaré a salvo, pero no la veré cuando al fin eche a volar.

Dios mío, por favor, vigila mis pasos. Y bendice a la señorita Charlotte Lamb.



PRIMERA PARTE

«Esa cosa exquisita, la semilla del algodoncillo,
ofrecía abundantes entretenimientos.
La planta fue erradicada de nuestro jardín con severidad,
pero se extendió a un campo contiguo y proporcionó
a nidos de hadas diminutas almohadas de seda plateada».

ALICE MORSE EARLE,
Old-Time Gardens



«Sangró mi soberano Dios,
murió mi Salvador.
Su vida quiso entregar
por mí, tan pecador».

ISAAC WATTS

Capítulo 1

«El algodoncillo común no requiere presentación. Todos los niños conocen sus bonitas vainas, las guardan como tesoros hasta que el lugar en el que se esconden se convierte en una masa de pelusas desorientadas e incontrolables».

F. SCHUYLER MATHEWS,
naturalista del siglo XIX



Charlotte Lamb, con veinte años, extendió su vestido más delicado sobre el arcón, deteniéndose para sentir el peso de la seda del vestido de baile azul cielo, su preferido, regalo de su querida tía Tilney. Con una última caricia, lo colocó encima de los demás. A continuación, tocaron los vestidos de paseo, los de noche y los de día, más alegres. Después, capas, sombreros y adornos para el cabello. Por último, los guantes largos, las enaguas y el corsé nuevo. El corsé, por supuesto.

Al volverse hacia el armario, que rápidamente había vaciado, posó la mano sobre un vestido de muselina liso de color gris. Estaba en un hilo por la zona de los codos y los puños. Lo dejó en la cama y entonces le vino un recuerdo a la mente y dejó de preparar las cosas; salió de la habitación y recorrió con calma el pasillo hasta el dormitorio de su madre. Al mirar alrededor y comprobar que nadie se había despertado aún, abrió la puerta haciendo el menor ruido posible. Entró; estaban las contraventanas echadas, así que las abrió para que la suave luz grisácea del amanecer iluminara la estancia. Se volvió hacia la puerta y la cerró.

Se apoyó en los tableros de madera y cerró los ojos para deleitarse con la paz y la tranquilidad que siempre la embargaba en esa habitación. Hacía demasiado que no entraba allí.

Oyó un ruido que provenía de la casa parroquial, un sonido metálico, y se sobresaltó. Aunque no sabía por qué debería de temer que la encontraran allí. Probablemente se tratara de Tibbets, que estaría encendiendo el fuego. No creía que su padre se despertara hasta dentro de unas horas. A pesar de todo, pensar que pudiera haber alguien despierto fue suficiente para recordarle que tenía que darse prisa si quería salir sin llamar la atención. Se acercó al armario y abrió la puerta. Efectivamente, la ropa de su madre seguía allí. Rebuscó con los dedos entre los tejidos, encajes, terciopelos y sedas, pero no encontró lo que buscaba. ¿Acaso se habrían deshecho de ello su padre o Beatrice? Apartó los vestidos y miró en el fondo del armario, las zapatillas alineadas formando una fila cuidada. Atisbó algo marrón, se agachó y sacó algo arrugado del color de la arcilla que se había caído. Sacudió el sencillo vestido que se ponía su madre para cuidar del jardín.

Lo sostuvo bajo el brazo y deslizó los dedos por los libros que había en la mesita de noche. No se atrevió a tomar la Biblia de su madre, pues sabía que pertenecía a la biblioteca de la casa parroquial. Eligió, en su lugar, el pequeño ejemplar del *Nuevo Testamento y Salmos para señoritas*, ya que era más menudo y ligero. Se trataba de una edición bonita con una cubierta de tela con pájaros y flores bordados en seda e hilo metálico. Era un regalo de la hermana de su madre, y no pensó que a su padre le importara que se lo llevase.

Con una última mirada a las pertenencias de su madre (el cepillo y el peine, el colgante con el camafeo y el prendedor con la mariposa), salió del dormitorio y volvió con premura al suyo. Enrolló el vestido de su madre lo máximo posible y lo introdujo en una maleta de cuero. Luego metió el viejo vestido gris, los demás vestidos, las medias, las zapatillas, la ropa interior y un par de corsés cortos. Introdujo en una bolsa de viaje una capa, una bata, guantes y el Nuevo Testamento. En la sombrerera iban dos de sus sombreros a los que más uso podía dar. Los pañuelos y el poco dinero del que disponía estaban a buen recaudo en un ridículo que llevaría colgado de la muñeca.

Miró el arcón que contenía todos sus preciados años, su feliz y banal juventud, y cerró la tapa. Se detuvo un instante para ponerse un

sombrero de viaje sobre el cabello castaño y rizado que llevaba recogido y salió de la habitación solamente con la maleta, la bolsa de viaje, el ridículo y la sombrerera, todo lo que podía acarrear. Bajó en silencio las escaleras y miró la bandeja de plata que había sobre la mesita del recibidor. La carta del día anterior seguía allí, sin responder. Les había escrito su prima para contarles la «feliz noticia» y reiterarles lo mucho que ansiaba que llegase «el gran acontecimiento de ese otoño». Beatrice había retorcido los bonitos labios que tenía y había dicho que le repugnaba leer sobre un asunto tan privado como ese, y más tratándose de una mujer de avanzada edad como era Katherine. Charlotte no había dicho palabra.

Se detuvo lo suficiente como para pasar los dedos por encima de la letra elegante de Katherine y el sello manchado de Londres. Tomó aliento y prosiguió. Casi había llegado a la puerta cuando oyó la voz de su padre en el salón.

—Entonces, te vas. —No era una pregunta.

Se dio la vuelta y lo vio al otro lado de la puerta abierta, sentado en el diván, junto a la chimenea. Llevaba el pelo canoso desarreglado, algo poco propio de él, y vestía aún la ropa de dormir. Se le tensó la garganta y tan solo fue capaz de asentir. No sabía si su padre se ablandaría en este último instante. ¿Le ofrecería algún tipo de ayuda, unas palabras de despedida, de reconciliación, o al menos de arrepentimiento?

Habló con voz grave por lo temprano de la hora y con desdén.

—Mi único consuelo es que tu madre, que Dios la tenga en su gloria, no vive para presenciar este día.

El dolor la sobrecogió, a pesar de que no debería. Su padre ya le había dicho antes algo similar, peor incluso. En un intento por contener las lágrimas, Charlotte salió de la casa parroquial y cerró la puerta con cuidado. Caminó por el jardín, memorizándolo. Los setos cuidadosamente podados, a los que Buxley seguía dando la forma que tanto gustaba a su madre. Los parterres con flores exquisitas, de colores sabiamente mezclados, diferentes alturas y texturas variadas: espuelas de caballero, astilbes, acianos, campánulas, azucenas amarillas; Charlotte había tratado de cuidar de todo en memoria de su madre, al menos hasta ahora. Inspiró profundamente, otra vez, y saboreó la fragancia, más intensa por la condensación, de las violetas dulces y las escabiosas de color morado.

No pensaba llevarse una flor, pues esta se marchitaría antes de llegar a su destino, pero entonces lo vio. Un algodoncillo marchito junto a las canastillas de plata, al que Buxley llamaba manto de la novia. ¿Cómo no lo había visto antes? Se dirigió hasta la flor y tiró del tallo con la mano que tenía libre, pero no cedió. Soltó las bolsas y la caja y lo asió con ambas manos hasta que se hizo con la flor, con raíces y todo. Pensaba dejar el jardín de su madre en un estado perfecto, pero ¿por cuánto tiempo? «¿Quién se ocupará ahora de tu jardín, madre? Imagino que Buxley lo intentará, pero no volverá a ser lo que era. Con los caballos y todo el trabajo pesado que soporta, el jardín sufre. Y Beatrice no entiende de plantas, como bien sabrás».

En un impulso nostálgico, Charlotte arrancó un puñado de florecillas moradas de la planta y se las llevó a la nariz. El olor era sorprendentemente dulce. Las metió en el ridículo. Tiró el tallo a la basura de camino a Church Hill. Miró por encima del hombro la casa parroquial blanca y atisbó una cara en una de las ventanas de la planta superior. Beatrice. Su hermana, con cara seria, no hizo gesto alguno de despedida. Cuando la joven se apartó de la ventana, también Charlotte se volvió y, por un instante, deseó haberlo hecho antes que ella. Dos minutos después, como tan bien sabía, se acercó el coche de postas.

—Hola, señorita Lamb —la saludó el cochero al detener a los caballos.

—Buenos días, señor Jones.

—¿Desea que la lleve al pueblo?

—Sí, gracias.

El hombre tomó el equipaje y la ayudó a subir.

—¿Otra visita a su tía? —Colocó la bolsa de viaje al lado de la joven.

Charlotte no quería mentir más de lo necesario.

—Su compañía me hace muy feliz.

—No me extraña. Su tía y su tío son buenas personas. No hay duda.

—Es usted muy amable.

Se aferró a la bolsa de viaje cuando el coche se puso en marcha. La pelliza gruesa la protegía del aire húmedo de la mañana y de las miradas curiosas, incluso del embate de la despedida de su padre. No lloraría, ni en ese momento ni en ese lugar, pues podían verla personas a las que conocía y adivinar que se marchaba, no de vacaciones, sino que emprendía un viaje mucho más oscuro.

Cuando el cochero la ayudó a apearse en Chequers Inn, no tomó la diligencia hacia Hertfordshire que la hubiera llevado a la casa de la tía Tilney, sino la que se dirigía a Londres.



La diligencia negra avanzaba bamboleándose y de forma atropellada hacia la zona oeste de Londres. Cuando el cochero gritó «So» y detuvo a los caballos, Charlotte se levantó del asiento, tomó sus pertenencias y se dispuso a apearse del transporte antes de que el hombre se prestara a ayudarla.

Bajó y se puso a caminar a buen paso por la calle Oxford. Pasó junto a la papelería, la empapeladora, el negocio del artesano del cristal y la porcelana, el vendedor de telas. Avanzó hacia el norte, por la concurrida carretera de Tottenham Court, y se encontró con el platero, el boticario y residencias menos modernas. Bajó del empedrado y cruzó el estrecho y mojado Gower Mews. Al final del callejón, se detuvo entre los carromatos de venta y las carretas de basura para mirar por encima del hombro y asegurarse de que nadie la observaba. Entró entonces por la puerta trasera del salón de té Old Towne Tea Shoppe y, con un gesto de disculpa a la propietaria, salió por la puerta delantera que daba a la calle Gower; abrió la sombrilla negra para protegerse de la llovizna y de las miradas indiscretas. Con la cabeza gacha, esquivó una canaleta rebosante de basura y continuó, atenta. Al ver un rótulo con el nombre de la calle Store, Charlotte comprobó la dirección que le había anotado su tía. Era esa.

Levantó la mirada y vio ante sí una vieja mansión que se alzaba entre las sombras de los árboles. Era un edificio gris con dos alas oscuras alineadas entre sí y un desván con forma cuadrada en la parte alta que se alzaba sobre una magnífica puerta arqueada. Hace tiempo debía de haber sido una casa imponente, y aunque parecía mantenerse bien, tenía un aspecto lóbrego: piedra moteada, líneas severas, ausencia de decoración salvo por un seto que bordeaba una pasarela de piedra cubierta de musgo. No vio ningún rótulo ni placa que diera nombre a la mansión y eso la convenció de que estaba en el lugar correcto.

Solo entonces se permitió llorar. Allí, con la calle de atrás rebosante de gente que no la conocía y a la que nada importaba, sintió la puñalada

del rechazo de su padre y la pérdida de su hogar. No estaba de acuerdo con él. Puede que él estuviera contento de que su madre no estuviera allí aquel día, pero ella, desde luego, no.

Pensó en su querida madre, Lillian Lamb, a la que adoraba y que había traído consigo cariño y moderación, alegría y paz, a la casa parroquial, y en especial al reverendo Gareth Lamb.

Charlotte esperaba que los recuerdos que guardaba de su madre, fallecida hacía cinco años, no desaparecieran junto con todo lo que le era familiar: la habitación de su madre, su retrato, la mirada perdida de su padre, que delataba que estaba pensando en ella. Sus palabras de despedida volvieron a resonar en su mente y, al imaginar la decepción que, efectivamente, habría empañado el rostro de esta de haber estado allí, se encogió. A pesar de todo, ojalá estuviera con ella, acompañándola por ese camino lleno de baches, consolándola como siempre había hecho, diciéndole que al final todo saldría bien.

«Ojalá tuviera su confianza, madre. Ojalá fuera la mitad de refinada que usted, o la mitad de correcta para ser la hija de un clérigo. ¿Podrá perdonarme, aunque padre no lo haga?».

Conforme se acercaba al edificio gris que se convertiría en su hogar temporal, no pudo evitar fijarse en las discretas ventanas cerradas que se abrían en la planta baja.

Y entonces vio los algodoncillos.

No había un jardín de verdad y, si alguna vez lo hubo, hacía tiempo que se había convertido en un espacio lleno de hierbas y algodoncillos aquí y allá, recorriendo el muro que tenía delante.

Su padre se sentiría horrorizado y ni siquiera su madre aprobaría semejante desorden. Charlotte exhaló un suspiro. Supuso que, para las mujeres que había entre esos muros grises, el jardín que daba a la calle era el menor de sus problemas. «Y también para ella».

Pero ¿algodoncillos? Menuda pesadilla para los jardineros, con esas raíces tan fuertes que se esparcían por doquier y cuyos brotes no eran mucho más fáciles de arrancar que los de la propia planta. Los algodoncillos se reproducían por estolones y también por semillas, que llenaban el aire cada otoño. Allí era lo que había pasado: el algodoncillo había llegado y, como no lo habían controlado, lo había invadido todo.

«¿No podrían haber contratado al menos a un chico con una guadaña para que hubiera acabado con la plaga?»., pensó. La planta resultaba bastante

bonita cuando salían las flores, pero cuando las vainas grises verdosas se tornaban de un color ceniciento, solo quedaban unos tallos finos sin valor estético alguno.

Tal vez ese abogado, amigo de su tío, no la había informado bien acerca de ese lugar. O la tía Tilney lo había entendido mal. Su tía le había confiado, en voz baja, que aquel sitio era mejor y más discreto que otros parecidos. Según parecía, era el abogado londinense el que se lo había recomendado. No le dirían nada a su padre a cambio de que prometiera mantener el anonimato todo el tiempo que le fuera posible. De todos modos, por lo que parecía, a él poco le importaba adónde fuera o cómo se las pudiera arreglar. Quedaba claro que estaba deseando perderla de vista.

Se preguntó si su madre reconocería al hombre con el que había pasado tantos años casada. No es que Gareth Lamb hubiera cambiado mucho físicamente, solo le habían salido unas cuantas canas en las patillas y había engordado un poco, pero su conducta sí que había cambiado y mucho. Ya era severo, presuntuoso incluso, antes de que pasara todo, y ahora lo era más. Todo lo que le preocupaba giraba en torno a dos asuntos: cómo algo así podría arruinar su carrera y, a la vez, destrozar las posibilidades de que su hija Bea lograra un buen matrimonio.

«Lo siento mucho. Imagino que la ira de padre es justa y comprensible, pero a mí no me lo parece. Ojalá estuviera aquí para calmarlo. Para acompañarme».

Pero su madre estaba muerta, así que continuó sola.

Dio un único golpe en la puerta y al hacerlo una mujer esbelta y de cara anodina, unos cuantos años mayor que ella, acudió a abrir. Rápidamente, la guio por el recibidor y un salón amplio hasta un pequeño estudio, diciendo: «la matrona vendrá aquí directamente». Y, efectivamente, ni dos minutos más tarde, una mujer de aspecto severo, pero atractiva, de unos cuarenta años, con un vestido oscuro y el pelo recogido, entró; el porte que tenía ya dejaba claro su título. La apariencia dura de la mujer hizo que se inquietara, pero, cuando la miró, atisbó amabilidad en su rostro.

—Soy la señora Moorling, matrona de la institución Manor Home. ¿En qué puedo ayudarla?

Charlotte se levantó, las piernas le temblaban, y depositó la carta del abogado londinense y un billete en la mano de la mujer. Esa fue su respuesta.

La señora Moorling guardó el dinero en el cajón del escritorio sin hacer comentario alguno ni mutar la expresión y echó un vistazo rápido a la carta que había escrito el abogado a petición de su tío.

—Ya veo. Me temo que por el momento no hay ningún dormitorio privado disponible, pero contará con uno en cuanto sea posible. Mientras tanto, tendrá que compartir.

—Entiendo.

—Su nombre es... —La mujer miró la carta—. ¿Señorita... Smith?

—Así es, Smith. Charlotte Smith.

La señora Moorling hizo una breve pausa antes de continuar, sin cambiar de expresión, aunque le dio la impresión de que sabía que mentía con el apellido.

—Antes de que pueda admitirla, tengo que hacerle unas preguntas.

Charlotte tragó saliva.

—¿Es esta la primera vez que ingresa en una institución?

—Sí, por supuesto.

—Nada de por supuesto, señorita Smith. Muchas no aprenden de la experiencia. Debo decirle que la Institución para Madres Solteras es un lugar para mujeres no casadas que esperan su primer hijo y lo merecen. Nuestro objetivo es rehabilitar a nuestras residentes para que lleven una vida moralmente correcta.

Charlotte bajó la mirada y notó cómo el calor de la vergüenza le recorría el cuello y le presionaba en los oídos. Oyó el sonido del papel y supo que la matrona estaba leyendo una vez más la carta.

—Esta carta habla de usted y de su historia, pero no tengo tiempo ahora para verificar el contenido.

—Señora Moorling, se lo aseguro. No he estado nunca en semejante apuro. Es la primera vez que me veo en un aprieto tal.

«Vaya, me parece que no he acertado con las palabras», pensó.

Se obligó a mirar a la mujer a los ojos. La señora Moorling la miró un instante antes de asentir.

—Gibbs le encontrará un lugar para que duerma.

Gibbs, la joven misma joven esbelta y de rostro anodino que la había llevado hasta allí, la condujo de vuelta al recibidor y luego giraron a la derecha, hacia el ala del edificio con forma de L que daba a la calle. Se esforzó por seguirle el ritmo por el largo pasillo hasta una puerta que estaba en la

mitad. Miró la habitación iluminada con una luz tenue, puede que, antes, hubiera sido parte de un elegante salón, con el techo alto y una chimenea amplia. En el dormitorio había solo una cama estrecha y corta, demasiado para su estatura. A cada lado de la cama había una mesilla con un candelabro de latón y, junto a la pared más cercana, reposaba una silla. En la pared de enfrente había tres baúles sencillos de madera, sin duda así dispuestos para guardar las pertenencias de las ocupantes temporales de la habitación.

—Compartiré dormitorio con Mae y con Becky. Son chicas delgadas, tiene suerte. Seguramente estén en otra habitación viendo a alguien, volverán dentro de un rato. Tenemos un retrete en la planta de abajo, pero normalmente hay que hacer cola. Hay orinales debajo de las camas para emergencias nocturnas. Sabemos lo mucho que orinan cuando llegan al final del embarazo. Es su responsabilidad vaciar su orinal, al menos hasta el noveno mes. Nuestros doctores consideran que la actividad física es saludable. Todas las chicas tienen tareas que llevar a cabo mientras puedan. Mañana, durante el desayuno, le informarán de cuáles serán sus tareas. A las ocho en punto. ¿Alguna pregunta?

Charlotte tenía muchas preguntas, pero tan solo fue capaz de negar con la cabeza.

—Buenas noches entonces. —Gibbs salió de la habitación.